

Cuando escucho tu voz

Eledora Guerra

Te recuerdo en el silencio, el día y la noche, en ese rincón donde me despedía, en donde se me iba un pedacito de vida. Fue ahí donde las memorias más fuertes de haber pasado una vida a tu lado se volvían más presentes. Te sentía más viva, más cerca y cómo no hacerlo si recuerdo bien esas largas charlas en la cocina, la vez que te arrodillaste para ser mi caballito soñado, o cuando me sacabas al patio trasero para platicarme una de tus grandes aventuras. Las memorias fueron muchas, al cerrar mis ojos volvía a oír el dulce sonido de tu voz, clarito, ahí estabas tú llamándome, dándome aliento para seguir con tu ausencia.

Todo el mundo te conocía como Doña Martha, la señora Ornelas, la jefa. Pero para mi hermano José y para mí, tú eras simplemente: “Tella”. Dentro de esa gran mujer existía una niña convertida en abuela. Su alma era tan dulce, trasparente como el aire y pura como el agua. Mi Tella era una india morena, chaparrita, cabello largo, casi como la cola de un caballo, unos ojos negros, grandotes, sus manos eran pequeñitas, pero podían y sabían trabajar. Su sonrisa era linda, pero lo que más llamaba la atención era esa fortaleza de guerrera. Todo lo podía, y con nada se rajaba.

Toda la comunidad la respetaba, y muchos otros la admiraban; mentiría si no dijera que también le temían. A Doña Martha en el barrio casi la idolatraban; todos sabían que lo que ella decía se hacía. Era una mujer muy tradicional, de esas que están hechas a la antigua, las que no toman un “no” por respuesta y luchan por la vida. Una mujer de carácter duro, rígida, fuerte, inteligente, rebelde, sencilla y noble. Su voz se escuchaba y se hacía sentir dondequiera que ella estaba. Esa era Doña Martha, no mi abuela.

Mi abuela, mi Tella, era juguetona, risueña, traviesa y hasta un poco loca. Sus nietos hacían con ella lo que querían. Era cómplice perfecta para las travesuras; su voz nos hacía sentirnos invencibles y hasta parecía que nos causaba cosquillas. Al escucharla, siempre terminábamos con unas carcajadas que nos dejaban sin aire. Mi Tella siempre estaba en el momento justo, el instante preciso para dejarme saber lo mucho que me amaba. Ella sabía con el simple hecho de mirarme a los ojos lo que yo tenía, y siempre tenía las palabras adecuadas para alentar mi alma. A pesar de que el cáncer la invadió completamente y fue acabando con su fortaleza y que sus ojos ya no eran los mismos, siempre estaba dispuesta para hacer cualquier cosa por nosotros.

Un día estábamos en casa, y a lo lejos se escuchaban quejidos, lamentaciones muy fuertes, mas no se distinguía la voz. Me fui acercando poco a poco a su recámara y la escuché decir: “Ya no puedo más, no dejes que los niños me miren así”. Su hermana sólo la miraba y no decía nada. Corrí a verla y me pegué cerquita de su cama preguntándole: “¿Qué pasa, Tella? Dime por qué tu voz se oye triste”. Podía notar su voz, era más débil y ella era tan llena de vida. Me extrañó ese sonido diferente de su voz. Ella me miró a los ojos y me dijo: “Ven aquí mi nena, déjame decirte uno de mis secretos más grandes”. Me tomó en sus brazos y me acurrucó en su pecho diciéndome: “Recuerda que la vida es bella, que siempre tienes que abrazarla y apegarte a ella. Aunque los momentos sean buenos o malos, siempre tienes que enfrentar la vida con una sonrisa en el alma”. Yo no lo entendía. “¿Te duele mucho, Tella? ¿Quieres un dulce de leche?” Ella me contestó diciendo: “Mi nena, sólo quiero que te quedes pegadita a mí, y que cuando yo ya no esté, cierres tus ojos y recuerdes mi voz y sepas que siempre voy a estar ahí diciéndote lo mucho que te amo”. Entonces lo comprendí: ella se despedía de mí.

Mi Tella me susurraba al oído: “Sé fuerte, muy valiente, como tu abuela, te dolerá un poquito, y sufrirás aun poquito más, pero si siempre recuerdas mi voz nunca te hará falta,

mi nena". "¡Tella!", grité fuertemente: "¡dime eso que me dices todas las noches antes de dormir!" Con un fuerte suspiro para tomar aire me dijo: "¡Te amo, mi nena!" A las pocas horas de mi plática con ella, una ambulancia llegaba a casa y se llevaba a mi gran guerrera. Al abrir mis ojos ya me encontraba en el cementerio, dejando a mi primer amor bajo la tierra. Lloré, grité, le reclamé a Dios porque se la había llevado, pero después recordé que sus últimas palabras fueron sólo para mí, y así fue como su voz se quedó grabada en mi pecho, en mi corazón. Es por eso que siempre te recuerdo cuando escucho tu voz.